

LA LEYENDA NEGRA: UN MITO SIN FUNDAMENTO HISTORICO

POR

NEMESIO RODRÍGUEZ LOIS

Con el fin de introducirnos científicamente en el tema, preciso será expresar el concepto de *leyenda* que no es otro más que el de *un hecho histórico desfigurado por la fantasía*.

En cambio, la Historia es toda una ciencia: *Es la narración verídica, razonada e interesante de una serie de acontecimientos que fueron decisivos en la marcha de la humanidad*.

Magistra vitae, es así como Cicerón define la Historia y no le faltó razón ya que ésta, con su acervo de datos y experiencias pasadas, viene siendo como la sabia consejera que nos orienta para que no repitamos los errores que cometieron quienes antaño nos precedieron en la marcha.

Así pues, aunque pudiera parecer lo contrario, la Historia es una ciencia netamente pragmática, con una gran utilidad no sólo para el momento presente, sino también para el futuro: constituye la luz de la experiencia que habrá de iluminar nuestro camino.

Y para poder cumplir con tan noble vocación, la meta que la Historia persigue no es otra más que la verdad.

La verdad os hará libres, dice San Pablo y, ciertamente, que sólo con la posesión de la verdad podremos estar en condiciones de ejercitar mejor la libertad, esa facultad propia del ser humano que consiste en poder elegir siempre el bien mayor.

Nicolás Maquiavelo, el impío pensador renacentista que provocó el divorcio entre la ética y la política, nos dice algo digno muy de tomarse en cuenta al tratar el presente tema: *El pueblo que no ama la verdad es el esclavo natural de todos los malvados*.

Y, ciertamente, tuvo razón porque en el momento en que la Historia es prostituida, falseada o manipulada ocurre que, en vez de ser maestra, se transforma en una mala consejera; en vez de cumplir con una noble función orientadora, aturdirá a sus pupilos; y —lo más grave de todo— se volverán a cometer los mismos errores.

De entre todas las ciencias es, precisamente, la Historia la que más expuesta se halla a padecer el nefasto influjo de los prejuicios religiosos o políticos.

Y es así cómo el historiador que debiera escribir de un modo imparcial, despojándose de toda idea preconcebida de antemano y buscando únicamente la verdad, se muestra casi siempre apasionado —obsesionado, mejor dicho— en sus juicios.

Estos pseudohistoriadores suelen manifestarse parciales en la exposición de los hechos y hábiles en omitir detalles que destruyan su tesis y acentuar los que la favorecen.

El resultado viene a ser algo muy lamentable: El libro de Historia termina convirtiéndose en una obra de secta o de partido o, en casos extremos, cae en el nivel de un vulgar libelo difamatorio.

Esto trae por consecuencia que los pueblos se desorienten, que pierdan conciencia de su identidad nacional y que sean fácil presa de elementos interesados en manipularlos para poder destruirlos.

Un caso evidente no sólo de manipuleo, sino de auténtica deformación del hecho histórico lo constituye la obra de España y de la Iglesia en América, obra grandiosa que fue desfigurada de tal modo creándose, en poco tiempo, lo que se conoce como la Leyenda Negra, de la cual trataremos en esta ocasión.

En primer lugar, antes de entrar en materia, queremos señalar que la obra de España en América fue ante todo espiritual, ya que lo que de modo primordial perseguía era difundir el Evangelio. Muy diferente lo que ocurrió con otras naciones europeas a las que únicamente las movía el mezquino interés de hallar riquezas.

La finalidad espiritual perseguida por España, contrapuesta

a los mezquinos afanes pecuniarios que movían a otras naciones, se refleja claramente en el caso de Don Quijote, quien no salió de su aldea para ganar dinero sino honra: en cambio, Sancho Panza de continuo andaba pensando en su ínsula.

Idealismo y materialismo. Dos concepciones muy distintas de la realidad. En este punto se distinguían unos de otros.

La Leyenda Negra antiespañola tiene varias ramificaciones: una se enfila directamente contra el pueblo español, acusándolo de retrógrado; otra ataca con odio singular al rey Felipe II, culpándolo de los mayores crímenes; y otra se expresa haciendo énfasis a la actuación de España en el Nuevo Mundo, actuación que es considerada como nefasta.

En esta ocasión nos concretizaremos únicamente al análisis de lo referente a la Leyenda Negra en su vertiente colonial.

El iniciador de esta campaña de embustes fue el clérigo dominico fray Bartolomé de las Casas, quien en su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, puso las bases sobre las cuales se habría de construir un monumento a la calumnia.

Un libro que fue ilustrado por el flamenco Teodoro de Bry con una serie de láminas que hacen estremecer de horror a cualquiera.

La semilla estaba sembrada, muy pronto se esparció por Europa y los encargados de difundirla y acrecentarla fueron elementos del mundo anglosajón y protestante para quienes —en aquel tiempo— España se había convertido en un dique a sus ambiciones.

Los cargos más graves que la Leyenda Negra imputa a la obra de España en América son los siguientes: codicia insaciable, crueldad, oscurantismo e intransigencia religiosa.

Analicemos cada uno de ellos por separado y hablemos brevemente de lo que España en realidad hizo en tierras de Hispanoamérica.

1. Codicia insaciable.

En lo que respecta a la «codicia insaciable», repetimos que el afán que movió a España fue netamente espiritual, o sea, el de convertirse en el brazo derecho de la Iglesia dentro de la empresa misionera más importante de todos los siglos.

Claro está que negar la existencia de anhelos de fama y fortuna sería infantil, incluso el mismo Bernal Díaz del Castillo nos dice que los españoles partieron hacia las Indias: «por servir a Dios, a Su Majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también "por haber riquezas", que todos los hombres comúnmente buscamos».

Y este «haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos», es algo propio de la condición humana, pues —siempre y cuando no se transforme en una pasión desordenada—, constituye el motor que impulsa el progreso de los pueblos.

Al tocar este punto, prudente es recordar cómo son cuatro los impulsos más poderosos que determinan las formas de convivencia del hombre dentro de la sociedad civil e incluso fuera de ella:

- La búsqueda de lo absoluto, que da origen a las religiones.
- La sociabilidad, que da origen a la sociedad civil.
- El instinto sexual, que es causa de la reproducción de la especie.
- El afán de lucro, que origina las actividades económicas.

Pues bien, cuando ese afán de lucro se rige por normas morales entonces no sólo es lícito el poseerlo, sino incluso indispensable para el armónico progreso tanto de la comunidad como del individuo; malo cuando ese afán de lucro es desordenado, viola normas morales y se transforma en un apetito desordenado de los bienes materiales.

Volviendo al tema, el hecho de que la evangelización de América fuese una empresa netamente misionera no excluyó que

entre miles y miles de españoles que vinieron a estas tierras muchos lo hicieran con el afán de obtener riquezas, lo cual —como arriba dijimos— tampoco era como para considerarse inmoral.

Gracias a ese lícito afán de progreso fue que miles de españoles, acompañados muchos de ellos por sus esposas, se decidieron a la aventura de colonizar, fundar poblaciones, establecer pequeñas industrias y, con ello, implantar la civilización occidental.

Gracias a eso fue posible que llegaran agricultores trayendo productos que aquí eran desconocidos, como el trigo o la vid; que llegasen ganaderos trayendo asnos, vacas, ovejas, caballos y una serie de animales que tan útiles son a la comunidad; que llegasen mineros, herreros, artesanos y una serie de elementos humanos que son básicos dentro de la estructura social y económica.

La gran mayoría de esas gentes del pueblo llano —honrados artesanos, humildes labradores— no venían impulsados por el místico afán de propagar la fe de Cristo sino con el anhelo de encontrar un futuro más prometedor el cual, gracias a su esfuerzo, se volvió muy pronto realidad.

Y ni duda cabe que esos miles y miles de anónimos agricultores, mineros, artesanos, ganaderos, etc., que durante tres siglos cruzaron el Atlántico contribuyeron al progreso de todo un continente.

Ahora bien, y con el objeto de no dejar puntos pendientes, señalemos que el cargo de «codicia insaciable» que se lanza contra España lo justifican los detractores basándose en los abusos que algunos elementos mal nacidos cometieron durante los primeros años del descubrimiento de América.

No negamos que hubo encomenderos que abusaron y que incluso llegaron a marcar con un hierro candente a los indios; como también son algo público y notorio las tropelías cometidas por Nuño de Guzmán y los miembros de la Primera Audiencia aquí, en México.

Es propio de la naturaleza humana —herida por la concupiscencia que tuvo su origen en el pecado original— abusar de sus semejantes, y en especial de los inferiores.

Pues bien, considerando eso fue que en cuanto los primeros abusos se cometieron, los reyes de España pusieron el remedio a la mayor brevedad.

Y para muestra tenemos el precioso testamento de Isabel la Católica, las Nuevas Leyes de Indias del año 1542 y el hecho de que el tan calumniado Felipe II dictase disposiciones en materia laboral estableciendo la jornada de ocho horas dividida en dos períodos, imponiendo la obligación para el patrón de sostener escuelas, hospitales, seminarios, etc., y exigiendo que se considerase el domingo como día de descanso obligatorio.

Algo sumamente avanzado para aquella época.

En cuanto el emperador Carlos V tuvo conocimiento de los desmanes de la Primera Audiencia, de inmediato destituyó a los oidores, quienes fueron remitidos a España dentro de jaulas y, en su lugar, pasó a gobernar la Nueva España una Segunda Audiencia, que estaba integrada —entre otros— por dos personajes cuyos nombres despiertan hoy admiración universal: don Vasco de Quiroga y don Sebastián Ramírez de Fuenleal.

Si muchos abusos no se corrigieron ello se debió a que las distancias y la deficiencia de comunicaciones en aquella época impedían a los monarcas estar al tanto de todo lo que por aquí ocurría.

Pero una cosa es cierta: en cuanto una queja llegaba a la Corte, de inmediato el rey ponía el remedio.

Clásico el ejemplo de Felipe II, quien reprendió severamente a un virrey suyo al decirle: «Os mandé al Perú no a matar a mis súbditos, sino a servirlos».

Para mayor abundamiento citaremos el hecho de que ya en el siglo XVI, el dominico Francisco de Vitoria se enfrentaba al poderosísimo Carlos V al debatir —con fundados argumentos teológicos— sobre si el emperador, al igual que el Papa, tenían derechos sobre los indios.

Qué contraste con la España del siglo XVIII, uno de cuyos productos, el marqués de Croix, al anunciar la expulsión de los jesuitas, decía secamente que «los súbditos del gran monarca na-

cieron para callar y obedecer y no para discutir ni opinar en los graves asuntos del gobierno».

Plena época del despotismo ilustrado dentro de una España borbónica y decadente. Muchos historiadores de mala fe tomaron estas frases del marqués de Croix como prototipo, aplicándolas a los tres siglos que España gobernó estas tierras, siendo que —al menos durante dos siglos y medio— la política que se seguía en Madrid era de considerar a las Indias como reinos y no como colonias.

Y, para concluir este punto: no negamos abusos, casos de «codicia insaciable», pero éstos fueron pocos y sólo al principio de la colonización ya que, en cuanto los reyes tenían conocimiento de ello, ponían remedio cuando antes, ya que el espíritu que flotaba en el ambiente no era el de la explotación, sino el derivado de una gigantesca cruzada misionera.

2. Crueldad.

El segundo cargo que se lanza contra España es el de «crueldad», acusación que en parte queda rebatida con los anteriores argumentos.

Una frase muy conocida nos dice que «*crímenes fueron del tiempo, mas no de España*» y, ciertamente, para entender un hecho histórico preciso será tratar de hacerlo con la mentalidad propia de la época.

Una época en la cual Martín Lutero predicaba que se mataban como perros a los campesinos alemanes; en la cual una Isabel de Inglaterra eliminaba a los irlandeses reduciéndolos a su mínima expresión; una época en la cual los colonos ingleses mataban pieles rojas como si fueran búfalos y, al hacerlo, repetían sistemáticamente aquello de que «el mejor indio es el indio muerto».

Por otra parte, es algo de todos conocido que la conquista de México no fue un juego de niños, sino una serie de duras batallas en las cuales —como en toda guerra— era preciso hacer

acopio de todos los medios bélicos a su alcance, especialmente si se toma en cuenta que los soldados de Hernán Cortés se enfrentaban con un pueblo cruel, que tenía aterrorizadas a las tribus vecinas y que practicaban los sacrificios humanos, seguidos por la antropofagia.

Pero, repetimos los argumentos del inciso anterior, en cuanto los monarcas tenían noticia de algún abuso, de inmediato ponían remedio y durante tres siglos estuvo en vigor una legislación que favorecía al indio y que fue causa de que durante trescientos años no se alterase en lo más mínimo la paz social.

Muy diferente habría sido la historia si un estado de perpetua injusticia —impregnado de odiosas instituciones legales y funcionarios despóticos— hubiese imperado. En ese caso los motines, protestas y rebeliones serían cosa harto frecuente.

Es evidente que no se puede tapar el sol con un dedo, y por la Historia, poetas, literatos y cronistas de la época, las noticias que recibimos hablan de un país en el cual se respiraba un clima de paz, progreso y armonía.

Por otra parte, si la tan pregonada «crueldad» hubiera sido el pan cotidiano en estas tierras del Nuevo Mundo, ni duda cabe que los indios hubieran huido a la serranías y que los esfuerzos de los misioneros por catequizarlos habrían resultado inútiles.

En cambio es un hecho histórico que aquellos nómadas salvajes se acercaban a los frailes con la misma ternura de un niño que busca las caricias de su padre, se incorporaban a la vida civil, aprendían un oficio y prosperaban tanto en lo espiritual como en lo material.

Es harto evidente que en un clima de continua «crueldad» esos milagros no ocurren, ya que vivir en un estado de tensión continua origina que, al poco tiempo, el rencor acumulado estalle y se produzca un verdadero cataclismo social.

Y las noticias que tenemos de los trescientos años de dominación española en América son de una paz completa dentro de la cual florecieron las más altas inspiraciones del talento humano.

Los primeros motines de repulsa hacia el rey de España es-

tallaron en 1767 a raíz de la expulsión de los jesuitas. Señal inequívoca de cómo el pueblo amaba de todo corazón a aquellos bondadosos sacerdotes que tanto bien habían hecho en estas tierras.

Aquí —y para mayor abundamiento— es preciso citar la bula *Sublimis Deus* dada por el Papa Paulo III el 2 de junio de 1537 y, mediante la cual, se reconocía la racionalidad de los indios, con lo cual quedaban sin fundamento quienes, en lo sucesivo, pudiesen argüir que los aborígenes eran unos brutos dignos sólo de servir como bestias.

Carlos V se apoyó en dicha bula para promulgar las Nuevas Leyes de 1542, que en mucho contribuyeron a remediar la situación de la población indígena.

Dentro de este apartado conviene resaltar que mucho se insiste en que los conquistadores españoles exterminaron, en unos cuantos años, a todos los indios que poblaban Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y las Antillas Menores.

No negamos que hayan existido abusos por parte de algunos encomenderos, abusos que ya con anterioridad mencionamos brevemente y que, en cuanto llegaban a oídos del rey, eran rápidamente corregidos.

Pero tampoco negamos que la viruela fue causa decisiva de la mortandad que se produjo en la zona del Caribe. Así, pues, los primitivos habitantes de aquellas islas no sólo murieron a golpes de espada, también las epidemias desempeñaron un papel mortífero.

Asimismo, y según recientes investigaciones del doctor Francisco Guerra, catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares —declaraciones publicadas en *El País* el 27 de septiembre de 1985—, antes que la viruela llegó a aquellas islas una enfermedad conocida como «influenza suina» o gripe del cerdo.

Una variedad de gripe que resultó particularmente maligna para una población que carecía de defensas contra esa enfermedad.

Según parece, durante su segundo viaje, en 1493, Colón com-

pró ocho cerdos en la isla de Gomera y los llevó —con el propósito de fomentar la ganadería— junto con caballos, cabras y vacas.

Una vez que el Almirante pisa de nuevo suelo americano comienza la epidemia, la cual provoca entre los aborígenes una mortandad tal que, al cabo de pocos años, se estimó en más de un millón y medio de personas.

3. Oscurantismo.

Otro cargo que la Leyenda Negra lanza por igual contra España y contra la Iglesia es el de «oscurantismo» y, por el mismo, entendemos que esa época fue algo así como una noche interminable y tenebrosa durante la cual el progreso se estancó y de la cual más vale no acordarse.

La Historia se encarga de rebatir esta calumnia.

Por principio de cuentas hay que decir como, gracias a fray Juan de Zumárraga, la imprenta llega a México en 1539, siendo la primera obra impresa la *Escala espiritual para llegar al Cielo*, de San Juan Clímaco.

También hay que señalar que —gracias también a Zumárraga— la primera Universidad de América se funda en México en 1551, mismo año en que también se funda la de Lima. El celeberrimo Harvard College norteamericano no se fundó hasta 1636, casi un siglo después.

Muy pocos ignoran que México tenía Facultad de Medicina en 1560, mientras que Nueva York vino a extender los primeros títulos médicos en 1769, doscientos años más tarde.

A partir de la llegada de los españoles el continente se sembró de escuelas ya que los colegios para indios fueron tantos como los conventos.

Gracias a esto fue posible que, en unas cuantas décadas, miles y miles de kilómetros cuadrados —desde la Nueva España hasta el Río de la Plata— se unificaron en lo lingüístico.

Esta unificación en lo lingüístico constituyó una auténtica

proeza, ya que en estas tierras era una babel de idiomas lo que existía, y el hecho de que todos los pueblos adorasen al mismo Dios rezando en castellano aceleró el progreso al incorporarlos dentro de la cultura occidental.

Dentro de las obras de progreso material podemos citar varios ejemplos.

El caso del agustino fray Diego de Chávez, quien, no conforme con su obra de evangelización, también se consagró a la ingeniería hidráulica, y al formar la artificial Laguna de Yuriria, hizo de aquella región del Bajío una de las zonas más fértiles de nuestra patria.

Tocando casi el mismo tema, es evidente que el desarrollo de la agricultura está necesariamente ligado al regadío de las tierras; pues bien, el bellísimo y eterno verdor de Uruapan así como sus deliciosos rumbos —allá por Michoacán—, se debió a los empeños de los frailes que captaron y canalizaron las aguas de los ríos vecinos.

Tenemos también al padre Francisco Tembleque, quien proyectó y construyó el gran acueducto de Zempoala, el cual resultó de gran beneficio para muchos poblados.

Al beato Sebastián de Aparicio debe México la carreta de bueyes, con la que se liberó al indígena de la pesada y humillante carga que, desde la época de los aztecas, los infelices tamemes llevaban sobre sus espaldas.

En América del Sur fueron mundialmente admiradas las reducciones jesuíticas del Paraguay, a donde llegaron los padres de la Compañía de Jesús, en 1589.

Allí se implantó un modelo de auténtica civilización cristiana hermanada con pujante progreso material, ya que se cultivó el maíz, algodón; la ganadería alcanzó un auge admirable; surgieron oficiales plateros, herreros, pintores y fundidores; los calígrafos imitaron con admirable perfección la letra de imprenta y los músicos no sólo tocaban como en las catedrales de Europa sino que llegan a fabricar instrumentos, incluso órganos.

Dentro de ese auge cultural florecen el teatro, la pintura, la escultura y la arquitectura. Aquí es importante resaltar el hecho

de que todas las bellas artes eran medios de evangelización y espejo de sanas costumbres.

Fue una sociedad auténticamente cristiana la que imperó en el Nuevo Mundo durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Una sociedad en la cual no sólo se predicaba el Evangelio sino que éste se vivía con plena coherencia.

España había hecho de la toma de posesión de América un imperativo *caso de conciencia*; había, por lo tanto, que evangelizar, pues, de tan gran responsabilidad los reyes habrían de rendir cuentas a Dios.

En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* el Papa Pablo VI nos dice que evangelización equivale a conversión y, ciertamente, que en estas tierras de Hispanoamérica, por medio de la evangelización, España y la Iglesia transformaron a seres nómadas, salvajes y en muchas regiones antropófagos, en hombres civilizados que supieron tomar cabal conciencia de que eran poseedores de un alma inmortal.

Ciertamente que estamos de acuerdo con Ramiro de Maeztu cuando se pregunta y responde al mismo tiempo: «¿Han elaborado los siglos ideal alguno que supere al nuestro? Y de la posibilidad de salvación se deduce la de progreso y perfeccionamiento. Decir en lo teológico que todos los hombres pueden salvarse es afirmar en lo ético que deben mejorar, y en lo político que pueden progresar. Es ya comprometerse a no estorbar el mejoramiento de sus condiciones de vida y aún favorecerlo todo lo posible».

Y fue así como —gracias a lo que se califica de obra oscurantista de España y de la Iglesia— fue posible que indios de raza pura hicieran brillar plenamente sus talentos; tenemos los casos de que, en el siglo XVII, un indígena fuese consagrado arzobispo de Oaxaca: monseñor Nicolás del Puerto.

Tenemos también al gran pintor Miguel Cabrera, a don Antonio Valeriano —agregado del colegio de Tlaltelolco—, quien con su *Nican Mopobua* hace la crónica más verídica y hermosa de las apariciones de la Virgen de Guadalupe.

E incluso se dio el caso de que una descendiente del empe-

rador Moctezuma Xocoyotzin llegara a convertirse en virreina de México. Nos referimos a doña María Andrea de Moctezuma.

Mienten, pues, quienes hablan de oscurantismo en una época que vio brillar a Sor Juana Inés de la Cruz, a Juan Ruiz de Alarcón y a una pléyade de pintores, escultores, poetas y arquitectos.

Todo un florecer cultural —propio del Evangelio que transforma al hombre regenerándolo— se dio durante una época que los enemigos de España y de la Iglesia califican injustamente de oscurantista.

4. Intransigencia religiosa.

El último cargo de esta Leyenda Negra nos habla de una «intransigencia religiosa» durante la cual parece haberse asfixiado el libre albedrío del hombre.

Quienes lanzan este cargo arremeten contra los frailes por haber destruido templos indígenas, los cuales —la mayoría de las ocasiones— no eran más que auténticos mataderos de seres humanos.

Lógico era que los frailes destruyeran esos templetos y piedras de sacrificios que nada tenían de artístico y que en realidad eran adoratorios demoníacos.

El día en que los inermes pobladores del Valle de Anahuac vieron derrumbarse para siempre al feroz Huitzilopochtli, en ese feliz día supieron lo que era la sonrisa propia de quien siente alegría de vivir.

Y por haber destruido esas obras indígenas no podemos acusar de enemigos del arte a frailes y soldados, ya que a los españoles de la época no podemos exigirles un criterio arqueológico y antropológico, debido a que ni eran científicos, ni dichas ciencias estaban tan desarrolladas como lo están en la actualidad.

Por otra parte, si algo conocemos hoy en día de las antiguas culturas precolombinas precisamente a España y a la Iglesia se lo debemos, ya que la cultura maya fue estudiada por dos frailes: Diego de Landa y Francisco Jiménez. Y los antiguos pueblos de

la Meseta deben el recuerdo de su existencia, entre otros, a fray Toribio de Benavente «Motolinía», a fray Bernardino de Sahagún, a fray Juan de Torquemada, a fray Jerónimo de Mendieta, a fray Diego Durán, al padre José de Acosta, al padre Francisco Javier Clavijero y a muchos hombres de la Iglesia que —por amor a la verdad histórica— eran científicos en la plena acepción de la palabra.

Quienes hablan de «intransigencia religiosa», de inmediato citan a la Inquisición, presentando a este tribunal como algo tético capaz de cometer los peores crímenes.

Carlos Pereyra al hablar de este tribunal —que por finalidad tenía descubrir herejes o infiltrados que deseaban turbar la paz del reino— lo definió como «una artillería que defendió la fortaleza, no un fusil para tiranizar a los que estaban dentro».

El Tribunal del Santo Oficio tendió siempre a salvar a los súbditos americanos del contagio herético que tanta sangre había derramado en Europa. Y una cosa muy importante —digna de resaltarse— es el hecho de que no tenía jurisdicción sobre el indígena.

Al hablar de las víctimas de la Inquisición, don Alfonso Junco nos dice que, en los tres siglos que en la Nueva España estuvo funcionando, apenas cuarenta y tres personas fueron condenadas a la pena capital.

En cambio —valga la comparación— en Boston, en 1692, fueron ejecutadas veinte personas a las que se acusaba de estar poseídas por el demonio. Este fue el célebre caso de las Brujas de Salem.

Mucho podríamos hablar de la obra de España y de la Iglesia en tierras de América y al hacerlo se ve cómo la densa capa de calumnias que cubren un monumento grandioso se deshace del mismo modo que una capa de lodo al recibir cubetazos de agua.

Pero decíamos que el principal artífice de la Leyenda Negra fue el dominico Bartolomé de las Casas, un personaje a quien el docto historiador Ramón Menéndez Pidal califica de paranoíco, exagerado e incongruente.

LA LEYENDA NEGRA: UN MITO SIN FUNDAMENTO

Un elemento que al hablar de los indios supuestamente exterminados por los españoles dice que fueron muchos más de veinticuatro millones; que la isla de Santo Domingo tenía treinta mil ríos o arroyos, doce de los cuales eran tan grandes como el Duero, Ebro y Guadalquivir, y veinticinco mil de ellos riquísimos en oro.

Falsedades evidentes que nos presentan al padre Las Casas como un mentiroso redomado... ¿Puede ser digna de crédito su obra?

Pero además fue incongruente, ya que no vacilaba en cargar con exceso a sus indios sin pagarles y, a la vez, fue él quien recomendó que se trajesen al Nuevo Mundo negros cazados al lazo en las costas de Africa.

Mentiroso e incongruente, ese fue Bartolomé de las Casas, a quien se le honra no porque defendió a los indios, sino porque difamó a España sirviendo con sus calumnias a los enemigos del catolicismo.

En cambio, otros dominicos que sí se distinguieron por su santo apostolado en favor de los indios son hoy casi desconocidos, y entre ellos: fray Antonio de Valdivieso, primer obispo de Nicaragua, quien fue asesinado a puñaladas por oponerse a los abusos de quienes explotaban a los aborígenes.

Asimismo, también dentro de la Orden de los Predicadores, se recuerda con cariño y gratitud a fray Juan Ramos, fray Domingo de Salazar, fray Alonso Guerra, fray Pedro de Galarza y fray Francisco de San Miguel. Auténticos padres de los primitivos habitantes del Nuevo Mundo.

Y ya que hablamos de un tiempo durante el cual —según los enemigos de la verdad histórica— España y la Iglesia parecen haber cometido las más terribles tropelías —lo cual se demostró ser falso—, prudente será mencionar lo que ocurría en otros países en aquella misma época.

En Francia, por ejemplo, se quemaban herejes en medio del morbo popular y, allí, gracias a las intrigas de Catalina de Médicis, fue posible la «Matanza de San Bartolomé».

En Alemania se perseguían unos a otros en nombre de la li-

bertad de conciencia y fue Lutero quien apoyó a los nobles en contra de los campesinos sublevados.

Por su parte, Calvino denunció al científico Miguel Servet ante la Inquisición católica de Viena y, posteriormente, lo quemó por hereje.

En Inglaterra, Enrique VIII —a quien el literato Charles Dickens califica de «mancha de sangre y grasa»— asesinó a sus esposas, decapitó al humanista Santo Tomás Moro y cometió mil tropelías. Y todo porque quiso imponer, a sangre y fuego, una religión que toleraba ampliamente sus más bajos instintos.

En ese mismo país fue la reina Isabel quien persiguió con saña diabólica al catolicismo, quien mandó decapitar a la reina María Estuardo y quien empezó la persecución contra los católicos irlandeses, persecución que aún persiste en nuestros días.

Y en Francia fue Enrique IV —el fundador de la dinastía de los Borbones— quien adjuró de sus creencias para conquistar la corona y, al hacerlo, dijo cínicamente aquello de «París bien vale una Misa».

Un espectáculo de guerras, persecuciones, odios y mil calamidades se vivió durante más de un siglo al norte de los Pirineos. Ocurrían esas tragedias durante los mismos años en que en el Mundo Hispánico se respiraba un clima de paz, progreso y armonía cristiana.

Mucho se podría hablar acerca de la Leyenda Negra, un auténtico mito que no resiste la crítica histórica.

Mucho se podrá enlodar la obra de España y de la Iglesia en tierras del Nuevo Mundo, pero, al hacerlo, ocurrirá lo mismo que ocurrió con aquel diamante del que nos habla el siguiente soneto:

*«Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer,
puede también, de este modo,
su fulgor oscurecer;
pero aunque el diamante todo
se encuentre de lodo lleno,
el valor que le hace bueno,*

*no ha perder un instante
y ha de ser siempre diamante,
por más que lo manche el cieno».*

Sin embargo —a pesar de su evidente falsedad— esta maraña de calumnias cumplió a las mil maravillas con el propósito que perseguían sus difusores, o sea, no sólo el manchar la obra de España, sino propiciar que los pueblos hispánicos, legítimos herederos de la España católica, perdieran la memoria histórica, extraviasen el rumbo y quedasen —gracias a este extravío— en condiciones propicias para ser manipulados.

Así, pues, se convierten en necesidad vital salir al encuentro de la verdad histórica, no sólo con afán de aclarar los hechos sino de saber con exactitud cual es, basándose en nuestras auténticas raíces la vocación de Hispanoamérica.

Porque una cosa es muy cierta: no es lo mismo tener por antepasados a piratas o salteadores que el ostentar en nuestros blasones los escudos nobiliarios de héroes que también fueron santos.

Al llegar a este punto se nos ocurre señalar la siguiente comparación: la dramática situación de los pueblos hispánicos es similar al caso de un noble príncipe, heredero de un vasto imperio, que, siendo apenas un infante, tuvo la desgracia de que sus padres fuesen destronados y muertos por un usurpador. El niño pudo salvar milagrosamente la existencia pero —ignorante de su condición real— vaga por los arrabales confundido entre mendigos y malvivientes.

Es de justicia que alguien encuentre a ese príncipe que pasa hambre, que pide limosna y que viste harapos.

Es de justicia que alguien le haga conocer sus verdaderas raíces y —una vez que el jovenzuelo tome conciencia de su auténtica personalidad— derroque al tirano, recobre el trono y le devuelva a su pueblo la libertad que le arrebató el asesino de sus padres.

De igual manera ocurre con los pueblos hispánicos. Son —como dijera Rubén Darío— «veinte cachorros del león espa-

ñol» que hoy vagan sin rumbo fijo, sin identidad propia y sin memoria histórica.

Y al andar como pobres vagabundos, esos nobles pueblos de Hispanoamérica y Filipinas sufren las embestidas del materialismo, del hedonismo, del protestantismo, del capitalismo liberal, de la masonería, del marxismo, del terrorismo, del control natal, de la pornografía, del aborto, del tráfico de drogas, etc.

Urge salvar a esos pueblos de los peligros que los amenazan. Y para ello la condición *sine qua non* es que conozcan la verdad histórica.

Esa verdad de la cual nos habla San Pablo y que a todos nos hará libres.

Y ya, para concluir, unos párrafos que Su Santidad Juan Pablo II pronunció el 31 de octubre de 1982 con motivo de su primera visita a España:

«Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto, gracias sobre todo a esa simpar actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español. Tras mis viajes apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica y Filipinas, quiero decir en este momento singular: ¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!».